



Delphine de Vigan, ayer, en Barcelona. / ANTONIO MORENO

Literatura / Publicación

Oda a una familia imperfecta

Delphine de Vigan revoluciona las letras francesas con 'Nada se opone a la noche', una novela sobre su madre

LAURA FERNÁNDEZ / Barcelona
«Prefiero morir viva». Ésa fue la última frase que dedicó Lucile Poirier a sus hijas. La frase cerraba su escueta nota de suicidio. Tras leerla, Delphine de Vigan sintió lo que, en su opinión, siente cualquier familiar de alguien que ha decidido tirar la toalla: culpabilidad. «Ahora sé que no podría haber hecho nada para evitarlo. Ella había tomado una decisión y nada ni nadie hubiera podido pararla», dice. Pero eso no impidió que empezara a obsesionarse con ella. No impidió que se preguntara por qué Lucile siempre le había parecido una mujer tan misteriosa. Y a la vez tan fascinante. «Sentía por ella esa fascinación que sienten los niños por sus padres», confiesa. Por eso se puso a investigar. Y reunió tanta información (cintas de *cassette*, películas caseras, fotos, cartas, diarios) que,

cuando decidió que su madre se convertiría en la protagonista de su siguiente novela, tuvo que elegir qué quedaría fuera. Lo curioso es que, pese al alud informativo, su madre seguía siendo un misterio. El resultado, *Nada se opone a la noche* (Anagrama/Edicions 62), es a la vez una deliciosa y detallada crónica familiar, un paseo por el París de la época y, como apunta la propia autora, «un homenaje» a su madre enferma.

«He tenido que proteger a mis hijos porque no entendían algunos de los titulares de la prensa francesa. Yo hablo de mi madre como una persona enferma, bipolar, sí, pero para la prensa es más fácil considerarla loca. Y mis hijos recuerdan a su abuela como una persona extraña, pero no como una loca», asegura De Vigan, que siempre temió la reacción de sus numerosos tíos y tías. «Ningu-

no estuvo cómodo al principio con la idea, aunque todos la recibieron con entusiasmo porque en el fondo querían saber qué había pasado con mi madre», apunta. «Pero no les dejé leer el manuscrito. Por miedo a que me impidieran publicarlo. La única que lo leyó antes fue mi hermana. Estaba hablando también de su madre y tenía derecho a exigir los cambios que considerara oportunos», añade. Para su sorpresa, la reacción fue buena. «La hermana menor de mi madre, la tía Violette, lo leyó en una sola noche y cuando lo acabó, me envió un mensaje de texto al móvil que decía lo siguiente: 'Lo he terminado y aún te quiero'. Supongo que pensaron que sería más impúdico de lo que es», argumenta.

Entre el resto, se hizo el silencio. Como se hizo cuando su madre fotocopió una carta que se había escrito a sí misma y se la entregó a todos los miembros de su familia, siendo aún una adolescente. La carta acababa así: «Me violó mientras dormía. Yo tenía 16 años. Lo he dicho». «Lo hizo esperando que ocurriera algo, que sus otras hermanas admitieran que su padre también se había propasado con ellas, pero no ocurrió nada. Nadie dijo absolutamente nada», afirma De Vigan, que sigue sin entender por qué nadie la apoyó. «Lo que cuento en el libro es mi verdad, pero no la verdad, por eso prefiero considerarlo una novela. He inventado muchos momentos, pero lo he hecho tratando de transmitir algo; como cuando Jean-Marc, el hermano adoptado, se integró en la familia. No ocurrió en una heladería, por supuesto, pero era la manera más literaria y fácil de que se entendiera que por fin estaba unido al resto», confiesa. «Fue difícil transformar la historia en palabras. Más que eso, difícil fue convertirla en literatura», añade.

Delphine cree que la escritura no mata los demonios, sólo los hipnotiza. Es por eso que su abuelo, Georges, el padre de su madre, sigue siendo un héroe para todos ellos. «Estoy convencida de que se propasó con todas sus hijas, pero todas han preferido olvidar para no tener que admitir que no fue el héroe que pretendió ser», asegura la escritora, que, sin embargo, no tiene pruebas «claras» de nada y prefiere que sea el lector quien decida si cree en su versión o no. La narración, por momentos emborronada por la bipolaridad de su madre, tiene dos niveles, el de la historia familiar y otro en el que la autora confiesa su desánimo ante tamaña valentía: el querer explicarse el porqué su madre estaba destinada a no envejecer. «Dudaba todo el tiempo. No sabía si estaba haciendo lo correcto. Ni si le interesaría a alguien. Pero no podía escaparme de él. Y tuve que acabarlo», concluye.

